

Las brujas de Barahona

Domingo Miras Molina

Personajes por orden de intervención

JUANA DE MORILLAS, bruja viejecilla y voluble.

ALDONZA LA PAJARERA, bruja moza, rústica y espontánea.

LA NIEVA DE CASASANA, bruja vieja con vocación de mando.

FRANCISCA LA ANSARONA, bruja novel y desorientada.

QUITERIA DE MORILLAS, bruja, hija de Juana.

MARICA GARCÍA, desgraciada en amores.

PREGONERO, divulgador de las culpas que la Justicia pena.

ALGUACIL, ministro de la Autoridad de Pareja.

CUADRILLERO, su subordinado y brazo armado.

VERDUGO, intérprete de la Justicia, que la ejecuta y consume.

PEDRO BARBERO, labrador ignaro.

CATALINA MARTÍNEZ, su mujer.

VECINO de los anteriores.

VECINA, esposa del precedente.

VERDULERA, con puesto en la vía pública.

TABERNERO, con local junto a la iglesia.

VIOLANTE ALONSO, bruja chancera y mujer caritativa.

LA CAMACHA DE AUÑÓN, bruja diligente y jactanciosa.

LA COLINDRES DE ALCOCER, bruja rozagante y formalita.

LA TUERTA DE MILLANA, bruja vieja, ceñuda y respetable.

ANA LA ROA, adolescente admiradora de Quiteria. Bruja dudosa.

TERESA LA CORTA, bruja joven y relamida.

SANCHA OSUNA, lo mismo, y compañera inseparable de la anterior.

TERESA LÓPEZ, otra bruja dudosa, jovencita y animadora.

JUAN LÓPEZ, posible brujo, padre de Teresa.

ILLANA DE LUNA, bruja rezagada.

ÁGUEDA DE ROJAS, lo mismo.

EL GRAN CABRÓN, presidente del congreso de las brujas.

ASTAROTH, diablo principal y maestro de ceremonias.

DOS ÍNCUBOS, que también ofician de ACÓLITOS.

DOS SÚCUBOS, que bailan gallardamente.

Un sapo, que baila y conversa con su pareja.

DON ANTONIO MORENO, familiar del Santo Oficio.

DON MIGUEL CARRILLO, gobernador diocesano de Pareja.

DON FULGENCIO DE AGUILAR, corregidor de Córcoles.

Un arriero, paladín y abogado de la fe.

Voz de un predicador.

Coro de cantantes invisibles.

Cuadrilleros.

Hombres, del pueblo de Pareja

Mujeres, del pueblo de Pareja

Muchachos, del pueblo de Pareja.

Diablos, con sus correspondientes cabalgaduras

Diablasas, con sus correspondientes cabalgaduras.

Frtales.

Arrieros.

etc.

**En la alcarreña villa episcopal de Pareja, en el Campo de
Barahona, y en el Monasterio de Monsalud, junto a
Córcoles.**

Últimos meses de 1527 y primeros días de 1528.

PRIMERA PARTE

Escena I

Noche desapacible en un descampado hirsuto y montañoso. Encrucijada de caminos presidida por un tormentoso algarrobo de retorcido tronco, entre cuyas ramas despojadas se deja ver una luna grande y redonda, derramadora de sombras y claridades. Algún seco matojo cruza la escena en línea recta, girando sobre sí mismo con la precisión de una rueda, empujado por la ráfaga que viene silbando y se enreda en el árbol, doblándole las ramas y llevándose algunas de las hojas que le quedan. Cuatro mujerucas de negros ropajes protegen un fuego que arde bajo una tiznada caldera, en la que una de ellas remueve con un palo. Cuelga cabeza abajo del algarrobo una gallina negra, atada por una pata en la perpendicular de la vasija, y de ramas más apartadas penden y entrechocan una respetable bota de vino y las alforjuelas de las cuatro mujeres, que son JUANA DE MORILLAS, sumida y consunta abuelica, corta de estatura y larga de disposición y desembarazo; LA NIEVA DE CASASANA, vieja también, pero más alta y aseñorada; FRANCISCA LA ANSARONA, cuarentona recia y de buen ver, y ALDONZA LA PAJARERA, moza robusta y de natural franco y sin malicia.

JUANA.- ¡Ventarrón maldecido! ¡Trae su poco de aguanieve, el hideputa!

LA PAJARERA.- ¡Así no es menester soplar la lumbre!

LA NIEVA.- Pero se va la leña en un suspiro.

JUANA.- Anda, hija Ansarona, trae otra poca, que más vale que sobre que no que falte.

LA ANSARONA.- ¿Pero es que no hay bastante con la brazada que truje, que no podía con ella?

JUANA.- No repliques, replicanta, y trae otro tanto.

LA ANSARONA.- ¡Otro tanto! ¿Nos pensamos que la leña está así, a qué quieres boca? ¡Otro tanto! ¡Traeré la que encuentre, y bendito sea Dios!

LA PAJARERA.- ¡Cuchar, la aprendiz, cómo alza la cresta!

LA NIEVA.- Dale un trago de vino, que irá más contenta.

JUANA.- Te traigo por que me ayudes, y resulta que me afrentas. Ahí tienes la bota, batalladora, dale un chupetón.

LA NIEVA.- Y no te encajes tú solica las tres azumbres.
(A JUANA.) Menos mal que somos pocas.

JUANA.- A quien da lo que puede, no le pidas más.

LA ANSARONA.- A tres cuartillos tocamos cada una.

LA PAJARERA.- ¡Mira la discípula, qué presto hace las cuentas!

LA ANSARONA.- En tocante a vino, tengo yo una cabeza que no le doy ventaja a un doctor por Salamanca.

JUANA.- Deja ya la bota, doctora, y muestra si tienes tanta disposición para el trabajo como para el caldo.

LA ANSARONA.- ¡Ya voy, madre Morillas, ya voy, no se repudra!

JUANA.- ¡Bien que te gustará luego mascarte tu parte, de que cueza la gallineja!

LA ANSARONA.- (Saliendo.) ¡Con mi trabajo me gano la convidada!

LA PAJARERA.- ¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente!

LA NIEVA.- Deja las burlas, zagala, no te salga un avispero, que va mohína.

JUANA.- Procuero irla enseñando como puedo, pero es simple y contumaz, la aborrecida.

LA PAJARERA.- Algo fondona es ya, para aprendiza.

LA NIEVA.- Tu hija has debido traer, y no esa majadera. Remece, Aldonza, remece, no te pares.

LA PAJARERA.- ¡Remezo, remezo!

LA NIEVA.- Ha tiempo que no veo a la Quiteria, y esta noche pensé saludarla.

LA PAJARERA.- ¡Y qué diré yo, pesia Dios, que solo por fama la conozco!

LA NIEVA.- ¿Sigue en tu casa, o ya se ha vuelto a la suya?

JUANA.- Todavía está conmigo, y harto perdidica de salud, la pobre.

LA NIEVA.- ¿Y es cierto lo que me han dicho? ¿Que ya no quiere nada con nosotras?

JUANA.- Alguna envidiosa te ha dicho tal maldad, Martina. Bien sabido es que en Sacedón la apedrearon muy malamente. Un mes ha pasado entre bizmas, la hija de mis entrañas.

LA PAJARERA.- ¡También a mí en Alcocer me corrieron saltando como liebre, con las piedras de los muchachos en el culo!

LA NIEVA.- ¿Por qué no ha venido a la junta contigo?

JUANA.- Ya he dicho que no está muy buena. Y a más, dice que hay peligro y porfiaba que tampoco yo viniese.

LA NIEVA.- ¿Dice que hay peligro esta noche?

JUANA.- Y este invierno. Que es mal año de brujas, y que nos escondamos o nos han de prender, torturar y aun quemar agavilladas.

LA PAJARERA.- Y una cosa tan toral, ¿cómo no viene ella misma a declararlo de su boca?

LA NIEVA.- Ven aquí, Juanica, pero qué dices, ven aquí. ¿Quién ha dicho eso a tu hija? ¿A qué parte lo ha sabido?

JUANA.- Eso, algo oscurillo está. Yo tengo para mí que sean barruntos del cuerpo sin mayor fundamento. Humores flatulentos del ánima, digo y o que serán.

LA PAJARERA.- A lo llano, que se va en aguas de puro miedo. ¡Miren, la famosa Quiteria!

LA NIEVA.- ¡Calla, boba, y deja hablar! Yo eso no lo creo, Juana Morillas. Algo más ha de haber, y no lo quieres decir.

JUANA.- ¡Te he dicho cuanto sé, Martina, por el siglo de mi agüelo! Ella oyó algo al tuntún y no sabe lo que es. Le sonó a que hay una grande desgracia o cosa pareja, y la hemos de pagar nosotras con nuestras costillas. Pero no sabe más.

LA NIEVA.- ¿Una desgracia, dices? ¿Qué desgracia?

LA PAJARERA.- Será el invierno, que está viniendo este año tan presto.

LA NIEVA.- Eso no es desgracia mayor. Yo no entiendo eso que dice.

JUANA.- Ni yo tampoco, así se cumpla lo que deseo. No parece que sea cosa de enjundia ni sustancia, son pensamientos negros que le vienen de la pedrea, y se le quitarán en pasando días.

LA NIEVA.- Ojalá y que solo sea eso. Querría yo platicar un ratico con ella, mano a mano.

LA PAJARERA.- ¡Aflojose del culo la Quiteria, por cuatro cantazos!

JUANA.- ¡Miren, la mocosuela! ¡En su lugar quisiera yo verte a ti!

LA PAJARERA.- ¡A mí me apedrearon los de Alcocer por los días de San Juan, pero no me quitaron los arrestos!

LA NIEVA.- Atiende a la caldera, que ya sabemos que eres muy brava.

LA PAJARERA.- ¡Más rejo tengo que tres toros! ¡Lo que no tienen otras, con más nombradía y reputación!

LA NIEVA.- Tú, Aldoncica, lo que tienes es todavía el cascarón pegado al culo, y por eso no consideras.

LA PAJARERA.- ¡Pues ya he estado dos veces en Barahona! ¡Y a Quiteria de Morillas, jamás de los jamases la he visto por aquel pago!

JUANA.- ¡Antes de nombrar a Quiteria de Morillas, límpiate la boca por tres veces, hermosa!

LA NIEVA.- ¡Haya paz entre las hermanas! Tú, corcolera, muchacha eres y has de aprender a cuidar esa lengua. ¿Óyesme, zaragatera? Nadie puede hablar de lo que ha visto o no ha visto en Barahona, ni siquiera entre nosotras. ¡No lo vuelvas a olvidar!

JUANA.- ¡La humarada, y a sale! ¡Mirar la caldera, que da el humo!

LA PAJARERA.- ¡Aquí, aquí está! ¡Buena viene!

(De la caldera sale una densa humareda blanca que semiculta a la gallina y desdibuja los contornos. Las tres mujeres se agrupan en torno a ella, bajan sus velos cubriéndose toda la cara, y pierden su individualidad, convirtiéndose en tres negras siluetas iguales e intercambiables entre sí. Se inclinan sobre la boca de la caldera como si aspirasen el punto, y hablan hacia el interior de la misma.)

LAS TRES.- (Con tono rítmico y solemne, que contrasta radicalmente con el coloquial que antes empleaban.)

¡Padre negro, padre negro,
que estás en el Infierno!

(Se arrodillan dos de ellas y la otra permanece en pie, erguida junto a la colgada gallina, irreconocible por causa de una iluminación fantasmagórica, por su negro velo tapándole el rostro, y por su perfil descompuesto por el humo.)

LA BRUJA EN PIE-

Abre los candados
de los condenados,
los agonizados
llenos de pecados,
los descomulgados,
los endemoniados
y los enterrados
fuera de sagrado.

LAS TRES.-

¡Padre negro, padre negro,
que estás en el Infierno!

LA BRUJA EN PIE- (Sacando un cuchillo de entre sus ropas.)

Que tus muertos vengan
a esta encrucijada
y la sangre beban
aquí derramada
de gallina negra
recién degollada.

(Coge con la mano libre la cabeza de la gallina, la dobla hacia atrás, y le rebana la garganta con un rápido tajo. El humo sigue saliendo, denso y blanco. Se inclina sobre la caldera como antes hicieran las tres, y habla hacia el interior.)

Danos un invierno
con noches de luna,
que libres vaguemos
al oscurecer,
que las largas noches
den larga fortuna
a las buenas damas
del buen Lucifer.

(Se levantan las arrodilladas, y las tres andan cabizbajas en torno a la caldera, al tiempo que recitan con ritmo monocorde.)

LAS TRES.-

¡Gira! ¡Gira! ¡Gira!
Gira un año entero
en torno al caldero,

que hierva el puchero
más y más y más.
Que suba y que baje
el negro brebaje,
que cueza y que cuaje
para Satanás.

(Se cogen las tres de la mano formando corro y continúan girando, pero ahora lo hacen a la carrera, flotando tras ellas sus negros velos. El recitado es rápido, y sigue siendo rítmico.)

¡Gira, gira, gira,
la rueda de la vida!
¡Pasa, pasa, pasa,
el tiempo por tu casa!
¡Ya vienen de vuelta
las Horas por tu puerta!
¡Ya viene a cogerte
la mano de la Muerte!
¡Gira! ¡Gira! ¡Gira!
¡Gira! ¡Aaaah!

(Han corrido al final tan veloces como pueden, hasta que caen rendidas por la fatiga y el mareo producido por las vueltas, amontonándose unas sobre otras, jadeantes y risueñas. No se hallan tan cerca del humo, que además comienza a decrecer, y al caer o inmediatamente después, se han retirado los velos de la cabeza, apareciendo los ralos y alborotados pelos blancos de las dos viejas y la espesa greña negra de la joven, recobrando las tres su individualidad respectiva.)

LA PAJARERA.- ¡Cuerpo de mi madre! ¡El algarrobo da vueltas en el cielo como rueda de carro!

JUANA.- ¡Ay! ¡Ay, mis huesos! ¡Ya no siento el frío, no, que estoy ardiendo! ¡Treinta años se me quitan de encima!

LA NIEVA.- ¡Y qué sería la vida, si no fuera por estos buenos ratos!

LA PAJARERA.- ¡Ay! ¡Una lágrima de vino, por caridad, que tengo una fatiga muy grande en este pecho!

LA NIEVA.- ¡Yo beberé primero, que soy vieja!
¡Refresquemos, refresquemos!

JUANA.- Acábase la humarada, y habrá que desplumar la gallina antes que enfríe.

LA PAJARERA.- Y habrá de tocarme a mí, no sé si por más moza o por más simple.

LA NIEVA.- Por ambas cosas, hijica buena. Este vino está muy picado, Juana. ¿Cómo nos das una cosa así?

JUANA.- Por gastarlo antes que se acabe de perder. Dale a Aldonza su traguico, que ha de pelar la gallina.

LA NIEVA.- Bebe, bebe cuanto quieras de este vinagrazo y consuélate el vientre, y a que no la boca.

JUANA.- ¡Tampoco es para tanto! Algo repuntaíco sí está, pero se deja beber. Mira, esta no le hace esos ascos.

LA PAJARERA.- ¡Aaag! ¡Agrillo, agrillo está el puto vino! ¡La madre que lo parió!

LA NIEVA.- Anda, buena moza, ve a entenderte con la gallina tras el caldero, que no nos vengan aquí las plumas.

LA PAJARERA.- ¡Oh, qué delicadeza! ¡Las plumas!
¡Miren, qué melindrosa se nos ha vuelto la puta vieja!

JUANA.- Obedece, prenda mía, no te despeñes por la sandez, que cuanto más se enfríe la difunta, más trabajo te ha de dar.

LA PAJARERA.- Daré otro tiento a la bota.

LA NIEVA.- Tienes el cuerpo de un arriero, barbiana. Hártate de vino, y a la labor.

LA PAJARERA.- ¡Ay, qué agrillo!

JUANA.- Agrillo estará, pero tú bien le tiras, que pareces un ángel.

LA PAJARERA.- Con esta sangre de cepas en las tripas, ya voy más alentada a despelotar aquella madre abadesa. Ya podéis boquear solicas. **(Se aparta junto a la caldera, donde se sienta tras descolgar la gallina, y se pone a desplumarla.)**

LA NIEVA.- **(Mientras LA PAJARERA se aleja.)** Puro alcornoque, la moza, pero más intrépida y cruda que un capitán.

JUANA.- Mucho vale Aldoncica, y en mucho la tengo. Desde Córcoles viene ella tan dispuesta, mientras otras se quedan en sus casas.

LA NIEVA.- Como tu hija, pongamos por caso.

JUANA.- De las dos de Sacedón estoy hablando. ¿Por qué piensas tú que no han venido?

LA NIEVA.- ¿Y qué sé yo, ni qué se me da a mí de esas dos boquirrubias?

JUANA.- ¡Ay, Nieva, Nievica, tusona mía, y cómo te conoce esta pobre! ¡Más sabes tú de lo que dices! Dime, amiga buena, por mi vida, tienen ya señalada en Sacedón la fiesta de su gitano?

LA NIEVA.- ¿Qué gitano y qué fiesta son esos, hermana mía?

JUANA.- ¡Ooh! ¡Castígame la mi madre, y yo trompógelas! ¿Tampoco sabemos nada del gitano? Pues, señora, no se hable más. **(Levantándose.)** ¡Aldoncica! ¿Se deja encuerar tu enemiga? En tu socorro voy, tente, que llego.

LA PAJARERA.- ¡Acuda, madre Morillas, y hágame la compañía!

LA NIEVA.- **(Deteniendo a JUANA.)** Llégate, paloma, que ahora caigo en que tú has querido decirme algo del gitano que van a ahorcar en Sacedón.

JUANA.- ¡Oh, qué repentino saber!

LA NIEVA.- Y piensas que las sacedoneras no vienen porque nadie les pida que repartan la fruta de su árbol.

JUANA.- Yo nada pienso ni digo, amiga, eres tú quien hace las dos cosas.

LA NIEVA.- Pues más te digo, y mira si te hablo con el corazón en la mano: la Corta y la Osuna no son mujeres para ordeñar un ahorcado. A ti y a mí ya nos sobran muchos años; pero yo sé de una, y no la nombro porque no es menester... No escondas la cara ni te rías por lo bajo, picarita, ladilla de tu hermana.

LA PAJARERA.- ¿Qué es eso, tía Morillas? ¿Ya se ha vuelto a sentar sin venir a mi vera?

LA NIEVA.- Veníos tú y tu hija una tarde a Casasana, que nos bebamos juntas un par de azumbres de vino blanco.

LA PAJARERA.- ¡Eh! ¿Todavía de secreticos? ¡Míralas, pico a pico las dos viejas!

LA NIEVA.- Acá miramos lo nuestro, Pajarerilla. Atiende tú a lo tuyo. ¿Qué me dices, Juanica?

JUANA.- Hablárasme con luz, hermana mía, y no anduviera yo a tientas por tus razones.

LA NIEVA.- Franco y abierto está este pecho. Al pan, pan, y al vino, vino. Al negocio de ese ahorcado iría yo a tercias con Quiteria y contigo. Y dónde no (**Señalando a LA PAJARERA.**), ahí tengo acomodo para hacerlo a medias. Tú verás.

JUANA.- ¿Y tal cosa me dices en esta cara, Martina mía? ¿Con Quiteria entras tú a tercias, y con Aldonza no puedo entrar yo? ¿Así se tratan las amigas?

LA NIEVA.- Eso es para hablado despacio. En Casasana os espero a tu hija y a ti. Merendamos y hablamos, que para eso está la boca.

LA PAJARERA.- ¡Ya me contarán sus señorías lo que se trata!

JUANA.- Cosas de viejas, hija. Acordando los buenos tiempos.

LA PAJARERA.- ¿Los tiempos cuando eran las dos ricas y nobles?

LA NIEVA.- Nosotras también hemos sido ramas en flor, hermosa, ¿qué piensas?

LA PAJARERA.- ¿Y ya entonces eran brujas? ¿O solo eran putas?

JUANA.- ¡UUUUh! ¡Miren, qué curiosidad de muchacha!
(Un grito de LA ANSARONA deja a las tres en suspenso. Se oye ruido de carreras y voces que se acercan rápidamente. JUANA DE MORILLAS y LA NIEVA reaccionan al instante, saltando hacia la oscuridad y desapareciendo en ella como dos pájaros nocturnos. LA PAJARERA se detiene un momento en correr a la rama de la que cuelgan las alforjas, descolgar la suya, meter en ella la gallina, y ponérsela al hombro.)

VOZ DE UN HOMBRE.- ¡Arriba, arriba! ¡A la carrera, y rodearlas!

VOZ DE OTRO.- ¡No se metan en el monte, que escapan!

VOZ DE OTRO.- ¡Esta ya ha caído! (Cuando LA PAJARERA decide correr, ya es tarde. Cuatro bultos negros embozados en capas, calados los sombreros y la espada en la mano, la atajan y sujetan. Grita la moza al ser inmovilizada, y se hace el oscuro mientras se oyen los gritos de LA PAJARERA convertirse en quejas y náuseas, alternando con golpes sordos.)

VOZ DE UN HOMBRE.- ¡Hijas del diablo, que andáis de noche por veredas y encrucijadas! ¡Cuándo os quemarán a todas!

(Los golpes, quejidos y bascas persisten en las tinieblas. Silencio repentino.)

Escena II

La oscuridad se rasga de improviso por la repentina llamarada que produce un poco de romero al que se ha prendido fuego tras mojarlo previamente con alcohol. Sobre la llama, recibiendo su luz rojiza y cambiante, el rostro concentrado de QUITERIA DE MORILLAS que, arrodillada y en camisa, recita un hechizo mirando a la lumbre. Es mujer de unos treinta y cinco años, dotada de un fuerte atractivo que utiliza para ser en todo momento la protagonista de cualquier situación. Se extiende el peculiar perfume del romero quemado.

QUITERIA.- (Hablando sobre el fuego.)

Romero quemado.

Pues no quemado romero.

¿Pues qué quemado?

El corazón de Lope Marín quemado:

que no pueda parar ni sosegar

hasta que conmigo venga a estar.

(Por detrás de la recitadora y a un nivel inferior, asoma mirando también al fuego una mujer de mediana edad, igualmente encamisada, que estaba tras ella agazapada y oculta. Se llama MARICA GARCÍA, y es desgraciada en amores.)

QUITERIA.- (En voz semibaja.) Ya puedes salir, Marica. Sal y mira bien, que veas la primera ceniza que se haga. Ahí se está haciendo blanca, amiga, mírala, pero al lado estoy viendo ceniza negra; a esta parte hay también ceniza blanca, se ve que las dos han salido al tiempo y emparejadas.

MARICA.- ¿Y eso qué trae, Quiteria? ¿Suerte, o desgracia?

QUITERIA.- Cruces barruces. El sortilegio no se ha manifestado, pero el conjuro puede aprovechar, aunque no sepamos el resultado.

MARICA.- ¿Y cómo haríamos para saberlo?

QUITERIA.- Mañana por la noche, repítelo tú sola en tu casa. Ya sabes cómo hay que decir.

MARICA.- Yo sola no, que tendré gran miedo. Vendrás tú allí y cenarás conmigo, que yo te convidó.

QUITERIA.- Si no voy yo, irá mi madre.

MARICA.- Tú, Quiteria, ven tú. Tú sabes más que ella, hasta los niños de la doctrina lo dicen.

QUITERIA.- ¡Miren, qué amor de criaturas, por los huesos de mi padre! ¡Como yo cogiera a alguno pregonando eso!

MARICA.- Yo no digo nada, amiga, que ya me conoces, muda soy. A mí no me mires.

QUITERIA.- De otras hablo, que tienen la lengua más larga que las culebras.

MARICA.- Con su pan se lo coman, allá ellas y su conciencia, yo soy amiga leal. Se nos va la noche, Quiteria.

QUITERIA.- Estoy cansada y me entra sueño, Marigarcía.

MARICA.- ¡Pero tienes de hacer el conjuro de la sal!

QUITERIA.- ¡Oh, y cómo estoy molida, que me duele todo el cuerpo!

MARICA.- ¡Dos azumbres de vino, Quiteria! ¡Dos azumbres de vino y un queso, si haces el de la sal y el de la sombra! ¡Antes del mediodía los tienes aquí, por mi difunto te lo juro! ¡También el de la sombra, que tienes fama en él y nunca te vi yo hacerlo!

QUITERIA.- ¡Ay, Marica! ¡Te quiero demasiadamente, y abusas de mí por eso! ¡Aviva, aviva ese fuego, que cojo el cilantro y la sal! ¡Noramala para el hombre que así hace penar a una mujer de tus partes!

MARICA.- Estoy ciega por él, estoy que no vivo. Toda mi sangre daría y la salvación de mi ánima por que se metiera una noche en mi cama.

QUITERIA.- Yo haré que se meta, no una noche, sino muchas, en tanto no me falte tu amor de amiga.

MARICA.- ¡Ay, el día que eso llegue, cuanto tengo es tuyo! ¡Mi casa, mi olivar, mi vida y la de mis hijos!

QUITERIA.- Promesas en necesidad son olvido en la abundancia, Marica. Trae tú mañana el queso y el vino, y cuida no esté tan picado como el de ha dos días, que era puro vinagre. ¡Chist! ¡Calla la boca! **(Con un tizón, traza en el suelo un círculo próximo al fuego y a un cedazo que ha prevenido. Anda deprisa alrededor del tal círculo, y entra en él con un leve salto. Dentro de él y cerca del fuego, declama el conjuro con duro tono imperativo. Tiene sal y cilantro en las manos, y los mira en tanto que habla.)**

Conjúrote, sal y cilantro,

con Barrabás,

con Satanás,

con el Diablo Cojuelo

que puede más.

No te conjuro por sal y cilantro,

sino por el corazón de Lope Marín.

(Vacía las manos sobre la lumbre, y salta la sal al quemarse. Prosigue.)

Así como te has de quemar

se queme el corazón de Lope Marín

y aquí me lo traigas.

Conjúrote con la reina Sardineta

y con la tataranieta,

y con los navegantes

que navegan por el mar.

Yo te llamo, Lope Marín,

con Barrabás,

con Satanás,

con el Diablo Cojuelo

que puede más,

con cuantos diablos hay en el Infierno.

Diablos de la plaza,
id y entraos en Lope Marín
y traédmelo aquí en danza;
diablos de la carnicería,
traédmelo aquí en guía;
diablos de Zocodover,
traédmelo aquí a más correr.
Con más mensajeros te envío a llamar,
con la reina Sarracena,
con la tataranieta del rey Faraón,
que andan de día por las aradas,
de noche por las encrucijadas,
armando guerras y batallas;
todos os juntéis, vayáis,
y en Lope Marín entréis,
y hasta aquí me le traigáis
bien asido, bien prendido,
cogido de su cojón,
de su pulmón,
de las telas de su corazón,
no le dejéis sosegar
hasta que venga a mi mandar.
Conjúrote, diablo Barbarote,
conjúrote con trece diablos,
con trece amarrados,
con trece atados,
que me des uno que a Lope vaya
y en él se adentre,
que aquí me le traiga,

asido de su cojón,
de su riñón,
de su bazón,
de las telas de su corazón,
espinas y abrojos le hinquéis,
que no le dejéis sosegar
hasta que venga a mi mandar.

(Levanta el cedazo, y mira a través de la toalla.)

A Lope Marín veo venir,
soga de ahorcado trae tras él;
tres convidadas hay en su casa:
la una es hija de Barrabás,
la otra es mujer de Bercebú,
la otra la madre puta de Satanás.

A correr, a holgar,
estas me lo traerán
de su cojón,
de su riñón,
de su bazón,
de las telas de su corazón. **(Con urgencia.)**

¡Salta, Marica! ¡Corre!

MARICA.- (Por fuera del círculo, saltando sobre el fuego al tiempo que se golpea el sexo con la mano.)

¡Arríndete, orgulloso!
¡Acúdeme, hi de cabra!
¡Que más vale mi coño
que tu barba!

(Repite tres veces invocación y salto.)

QUITERIA.- (Saliendo del círculo como entró: girando por su parte interior, y saltando afuera.) Ya lo tienes, hermana, conjurado con la sal.

MARICA.- Con la sombra falta, Quiteria. Conjúralo con la sombra, como tenemos convenido.

QUITERIA.- Tal te sea demandado como me tratas, que no tienes compasión aunque me veas morir de cansada.

MARICA.- Ajustado lo teníamos, amiga, palabra sobre palabra. No te quieras tú ahora salir del acuerdo por quedar gananciosa. Antes me dijiste que no cumpliré en la abundancia lo que prometo en la necesidad, pero ya se echa de ver que eres tú la que no cumple.

QUITERIA.- Marigarcía, piensa lo que dices y considera con quién hablas. Trátame con más respeto, mira que si el rey puede a su salvo hacer de ti lo que quisiere, otro tanto puedo yo, que con beberme un vaso de agua te mando una lepra que te come la cara de aquí a tres días. Cuida cómo me hablas, amiga.

MARICA.- A tus pies me pongo, Quiteria, y tu gracia pido. Dame esas manos a besar y quédese para mañana el conjuro de la sombra, que días hay para todo.

QUITERIA.- ¿Ya se te abajaron los humos de archipámpana? ¡Con muy otras palabras me hablabas antes!

MARICA.- En Dios y en mi ánima que no te las decía con malicia, sino con la pasión de mi Lope, que me tiene trastornada. Ea, señora, échame una risica de esa boca tuya, que otra vez me vea yo en tus manos. Lo prometido te traeré mañana, y el conjuro ya se hará, cuando tú quieras y dispongas.

QUITERIA.- Así, así has de hablarme, Marica, y sacarás de mí cuanto quisieres, que por las buenas soy una cordera, y a las bravas un gerifalte. Mira si te ha ido bien esa humildad, que aquí mesmo te la voy a recompensar en tal manera, que no pase media hora sin que tengas el corazón reventando de contento. Entonces has de sentenciar si Quiteria cumple o no cumple.

MARICA.- ¡Y cómo si cumple! ¡Más cumple y mejor que todo el santoral de pe a pa, loado sea Dios!

QUITERIA.- ¡Antes de cuatro credos tienes aquí a ese disoluto, Marica! ¡Aquí lo has de ver, más enamorado que un palomo!

MARICA.- ¡Oh, qué desmayo tan recio que me entra con oírte! ¡Ay! ¡Ay, dime como vas a hacer, reina de mi casa y de mi vida, dímelo!

QUITERIA.- Cuando estuve de moza sirviendo en Cuenca, mi amo el canónigo me enseñó un conjuro tal y tan fuerte como no hay otro en el mundo. Se hace con un Santo Cristo que sea grande y es peligroso, mi mesmo amo me contó muchos acaecimientos de gran lástima. A una moza del Toboso que lo estaba haciendo, el propio Cristo la mató de mala muerte: desclavó las manos de la cruz, la agarró por el cuello, y allí la apretó hasta cortarle la cabeza.

MARICA.- A buen seguro que esa es mentira que dijo por asustarte. No tengas miedo tú, valiente mía.

QUITERIA.- Y a otra de Toledo que llamaban la Gallarda, estando tendida boca arriba con el Cristo encima de ella, aumentó tanto de su peso que la aplastó como una uva pisada, saltándole toda la sangre por la boca y las narices. Es de mucho peligro.

MARICA.- ¡Que no se diga que Quiteria de Morillas tiene miedo de hacer un conjuro! Yo tengo un Santo Cristo de más de una vara que puede servir.

QUITERIA.- Aparte esa cortinilla negra mi hermana Marica, y verá cosa buena.

MARICA.- **(Al levantarla y toparse con un enorme crucifijo policromo de pelo natural.)** ¡Jesús! ¡Ay, qué susto! Pero, Quiteria, ¿cómo tenéis vosotras este santo tan grande, que es propio de iglesia?

QUITERIA.- El mismo canónigo me lo dio, que lo tenía en su casa y quiso deshacerse de él porque tuvo miedo que le habían denunciado por judaizar. Mi madre y yo lo trujimos desde Cuenca, andando de noche y durmiendo de día escondidas en zarzas y agujeros. Ocho días tardamos en llegar. **(Mientras sigue hablando, toma dos velas verdes, las enciende en el candil, y las coloca en forma que alumbren el espacio central.)** Mira bien lo que te digo, que de esto has de cuidar tú: cuando yo grite como si fuese lastimada, ¡ay, ay!, apagarás las velas y cerrarás los ojos, no mirando ni hablando lo que oigas. Aunque me escuches decir cosas que te asombren y espanten, ten cerrada la boca y no digas nada, que con solo una palabra que sueltes, se romperá el conjuro y ya nunca se podrá repetir contigo, ni esta noche ni ninguna otra en tanto que vivas. Cuida mucho de esto y no olvides que has de estarte callada. **(Tras colocar las velas, coge el crucifijo, adelantándolo.)** Ayúdame, que es pesado. **(Ambas lo ponen en medio, tendiéndolo en el suelo, boca arriba. QUITERIA le coloca las velas, una a la cabecera y otra a los pies.)** ¿Has entendido bien lo que te he dicho? **(Descuelga el candil, lo pone en el suelo, y lo tapa con un celemín de madera que deja ver las rendijas iluminadas.)** ¿Lo de apagar las velas, cerrar los ojos y estarte calladica?

MARICA.- Apagar, cerrar y callar en cuanto que digas ay. Por mí no tengas cuidado alguno, que ya me cuido yo.

QUITERIA.- **(Arrodillándose junto al crucifijo, y concentrándose.)** En gran peligro me pongo, Marica, y lo hago por ti. Mira tú si te será bien serme luego desagradecida.

MARICA.- ¿Desagradecida yo? Criatura, mira lo que dices, no me hagas esa injuria.

QUITERIA.- ¡Calla, calla, no alces la voz, que desvaneces el aire! **(Se quita la camisa, arrojándola a un lado. Silencio.)** ¡Ssst!... **(Persiste el silencio. QUITERIA acaricia suavemente con las yemas de los dedos el torso del Crucificado, y le habla despacio. Su voz es lánguida y lúbrica, y subraya siempre las palabras con la acción correspondiente.)**

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero,
en tu amor me abraso toda como puesta en un brasero.
Hémonos de enamorar y nos hemos de querer,
que eres muy bravo galán y has de hacerme tu mujer.

Haz por mi amor un milagro, Tú que milagros has hecho,
desenclava esas dos manos y agárrame estos dos pechos.
Tómame, gózame toda, que encima de ti me tiendo
por besarte bien la boca y sentirte bien el cuerpo.
¡Ay! Ya te tengo bien tomado,
ya te tengo bien cogido,
con mis brazos bien atado,
con mis piernas bien asido,
con mis labios bien besado,
con mis dientes bien mordido,
con mis pechos apretado,
con mis muslos guarnecido.
No escaparás aunque quieras,
don bellaco, don traidor,
que has de morderme la lengua,
y has de romperme la flor,
y has de clavarme tan hondo,
que has de matarme de amor.

¡Ah! ¡Ay! ¡Así, así! (Un alarido.) ¡Aaaayy!
(Precipitadamente, MARICA sopla las velas, haciéndose el oscuro. En la penumbra, puede vislumbrarse que las posiciones relativas de QUITERIA y del crucifijo se invierten, girando este sobre uno de sus brazos para quedar boca abajo sobre la mujer, en posición algo inclinada, viéndose la gran cruz oscilar y cabecear, sostenida y agitada por la propia QUITERIA, que yace bajo ella.) ¡Aaaayy! ¡Oh! ¡Oooh! ¡Ay, qué fuerza, Señor! ¡Con qué fuerza de toro has entrado y traspasado a esta cristiana! ¡Aaay, que me partes toda! ¡Me desgarras por dentro, león de Judea! ¡Me devoras! ¡Ay! ¡Ay, cómo muerdes, cómo muerdes! ¡Aaah! ¡No me aprietes tanto, amor, que me destrozás! ¡Ay, qué gozo tan bueno! Pero, ¿quién eres tú, di? ¿Quién eres tú? ¡Oh, cómo me has ensartado, mi bien! ¡Espetada me tienes hasta la garganta! ¡Ay, pero dime quién eres, dímelo! ¡Dímelo, amores, que soy tuya! ¿En quién te has cambiado? ¡Mi Lopico eres, que bien lo sé, aunque no te veo! ¡En las olores te conozco, que tú eres mi Lope! ¿No me lo dices, dueño mío, mi amor? ¿No eres tú Lope Marín? ¡Ladrón, cómo me aprietas!

MARICA.- (Levantando el celemín, y haciendo la luz.)
¡Ay, Virgen, no, eso no! ¡Mi Lope contigo, no! ¡Antes muerto! Pero, ¿dónde está? ¿Dónde está mi Lope, traidora? ¡Contigo estaba, que le he conocido en el jadeo! ¿Dónde lo has escondido con tus artes del Infierno? ¡Contéstame, bruja, mala mujer, no te quedes ahí callada, que te arranco esos ojos de gata del diablo!

QUITERIA.- ¡Mentecata, puta encelada! ¿No te avisé y previne que por más maravillas que oyese, por nada del mundo habías de decir cosa alguna ni destapar la luz? ¿Esa es la confianza que en mí pones, maldita hociuda, y la fe que me tienes?

MARICA.- ¿Y habré de sufrir que en mis barbas te goces a mi hombre? ¡Gorrina! ¡No son las carnes de mi Lopico bocado para tu boca apestosa! ¡Ni para que con ellas te restriegues ese cuerpo en pelota de putona insaciable! ¡No, sino oír cómo triunfaba la señora en sus glorias, ensartada hasta la garganta, y haberme de callar! ¡No en mis días, yo no me callo! ¡Bonita soy yo! ¡Diga la señora refocilanta dónde ha escondido a mi hombre y dígallo presto, que donde no, aquí ha de haber más que palabras! ¿Óyesme, Quiterica, o es que quieres que te rompa el celemín en los cascós?

QUITERIA.- Tu Lope se hizo humo y salió por la chimenea, Marigarcía. Tú sola lo has vuelto aire cuando ya había venido, que tú lo conociste. Si hubieras hecho como te dije, ahora estarías tú aquí acostada con él como una reina, y yo mientras os ligaría de tal suerte, que nunca jamás de ti se apartase aunque lo hiciesen pedazos. Tuyo fuera para siempre con su alma y con su vida, y en las niñas de los ojos te hubiera llevado en tanto que viviese, adorándote como a santa en peana hasta su muerte. De aquí te hubieras ido con él, bien abrazada y contenta, para ya nunca separaron. Mira tú si has perdido con ponerte a dar voces.

MARICA.- ¡Ay, Quiteria, qué haces! ¡No te pongas la camisa, hermana mía, sino haz otra vez todo el negocio, que he de estar me más calladica y queda que si fuese difunta! No te enojas conmigo por las patochadas que he dicho, mira que yo soy asna y como asna me has de tratar, sin tomar en cuenta los rebuznos de mi boca.

QUITERIA.- ¡Ay, mírenla, qué cuitada! ¿Otra vez todo el negocio, hermana? ¿Otra vez las carnes de tu Lope restregadas con mi cuerpo en pelota? ¡No lo quiera Dios!

MARICA.- ¡De rodillas te lo pido, y besando esos pies de plata! ¡Dame acá esos pies, señora mía y reina mía, no te arredres ni me huyas! ¡Ten lástima de esta pobre, que no puede sino llorar! ¡Ay, ay!

QUITERIA.- ¡Ay, ay! ¡Mucha Madalena y mucho llorar a moco, cuando nada se remedia! ¿No nos acordamos que advertí que este hechizo solo puede ser hecho una vez y no más? ¡Bien que lo dije yo y bien que me oíste tú!

MARICA.- ¡Ay, me matas! ¡Tú me matas, y nadie más que tú! ¡A mi cuello echo un lazo! ¡En la cuadra me cuelgo de una viga!

QUITERIA.- Ven acá, pecadora. Lo que tú has menester es acomodarte y dejarte llevar de mí, que como seas buena y sumisa y a poca paciencia que tengas, no seré yo quien soy si al famoso Lopico no lo llevo a tus pajas bien rampante, buscando con lo suyo tu rincón como alma en pena que busca el Paraíso.

MARICA.- ¡Quiteria de mi vida, cómo me das luz! ¡Corazón mío, dame un abrazo! ¡Ay! ¡Ay, qué criatura más hermosa! ¡Tú eres buena y tú eres santa! ¡Y a quien diga de ti una palabra mal dicha, juro a Dios que lo mato!

QUITERIA.- Así ha de ser, y barras derechas. Vístete y vete a tu casa, que se nos ha hecho de día y en la calle has de ser vista. Mira que ya se ve la luz por el ventano.

MARICA.- (**Vistiéndose.**) A cenar te espero, Quiteria, no te olvides. Tráete los garbanzos, que conjures la sombra, que la sal y el cilantro y o los pondré. También has de conjurarme la puerta...

QUITERIA.- (**En tanto que oculta el crucifijo donde estaba.**) Y el galán de calle, y la estrella, y a Pero Quartos, y a los clavos, y a Marta la Mala, y echaremos las habas, conjuraremos el cuchillo de cabo negro, y mil cosas mas. Y mira qué te digo, atiéndeme. Toma este papel, que dentro lleva unos polvos que no hay oro en el mundo que pueda pagarlos. Has de amasarlos con tus orinas, y poner en la masa uñas de tus pies, raeduras de tus talones y zancajos, pelos de tus partes, saliva escupida de tu boca, sangre de tu regla del mes, y polvos de un ratón quemado y machacado. Todo eso junto, harás que se eche de poquico en poquico en la comida de tu Lope, que se lo coma sin sentir ni notar, y verás que te quiere bien. Es un bebedizo de amores muy probado y muy seguro.

MARICA.- Dame, dame acá. Esos ingredientes habrás luego de repetir, que yo los aprenda y se me claven en la olla. Ya buscaré la manera de hacérselo tragar a ese ingrato, que mira cómo me tiene mientras él putea con otras.

QUITERIA.- Aviva, Marica, que ya anda gente por la calle. (**Se oye el ruido de una llave en la cerradura.**) Mi madre es, que llega. Habrá dormido con la vecina.

MARICA.- (**Ya vestida, tapándose la cabeza y embozándose en el doble refajo.**) Pues yo me parto. Ahora pienso que mejor no le digas quién soy, Quiteria, ojos míos, que sólo fío en ti. No quiero andar en lenguas, guárdame secreto, amiga, no lo digas a tu madre, que las viejas hablan demasadamente.

QUITERIA.- Cosida está mi boca, y sellada con cera.
(**Entra JUANA DE MORILLAS.**)

JUANA.- (**Al tiempo que entra.**) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús, qué noche!

QUITERIA.- (**Empujando a la puerta a MARICA.**)
Anda, no te entretengas.

MARICA.- No te olvides lo hablado. A cenar te espero.
¡Adiós quedad! (**Sale.**)

QUITERIA.- (**Cerrando la puerta.**) Anda con Satanás,
puta salida. No quieres andar en lenguas, y andarás en coplas.

JUANA.- ¿Quién es esa, que va más tapada que el coche
del obispo?

QUITERIA.- Marica García, que le hierva su cosa por un
arriero de Auñón que le sacó los dineros y la dejó tirada.
También yo procuro rebañar con mi cuchara en su puchero,
que vivamos un tiempico de lo suyo. ¿Cómo fue la
convidada? ¿Hubo muchas?

JUANA.- ¡Uh, la convidada! ¡Corriendo como liebres,
hubimos de salir! ¡Y he perdido la bota y la alforja, rayo de
Dios!

QUITERIA.- ¡Ay, bien que lo dije! ¿Qué dije yo? ¡Mal
tiempo llega!

JUANA.- ¡A mal tiempo, buena cara! ¡Yo no me pudro aquí
dentro, aunque haya de correr fuera!

QUITERIA.- ¿Y qué fue? ¿El gobernador Carrillo, que les
echó sus perros?

JUANA.- No sé si fue el gobernador o fue la madre que lo
parió. Solo vi tres o cuatro bultos embozados que corrían tras
nosotras y denostaban como putos.

QUITERIA.- ¿No conoció a alguno por la voz?

JUANA.- ¿Piensas que era momento de pararse a conocer
voces? A la Pajarera creí que agarraban, aunque no me
detuve a averiguarlo.

QUITERIA.- ¿La moza nueva de Córcoles? Aún no la
conozco. ¿Qué otras había?

JUANA.- Solo la Nieva de Casasana. A ti se te echó en
falta, con tu ventolera de no venir. Como sigas así, no habrá
quien te respete.

QUITERIA.- ¿En manera que eran solo cuatro?

JUANA.- Las justas y cabales. En familia estábamos, y hubo de llegar esa gavilla de cornudos a desgraciarnos la noche y a dejarnos sin hacienda, sin gallina, y sin gota de sangre en el cuerpo. ¡Así se sequen todos de un mal aire!

QUITERIA.- ¿No dio tiempo de comerse la gallina? Entonces fue a prima noche. ¿Dónde ha estado este tiempo, madre?

JUANA.- ¡Por el siglo de mi agüelo! No soy tan tonta que me venga a casa derecha para que me cojan como a un borrego si la presa afloja la lengua. En el umbral de Ana la Roja he estado agazapada cuatro o cinco horas, acechando esta puerta de lejos por si venían a buscarme. No han venido, y ya tenemos seguro de que la Pajarera no ha berreado. Es algo roma, pero tiene rejo, la bellaca.

QUITERIA.- No se lo habrán querido sacar, y eso es que aún no se nos han torcido las cosas según me temo. Como es forastera, los cuadrilleros le habrán dado de palos en el calabozo y la echarán del pueblo bien tempranico, sin demasiado bullicio. ¿Y la Ansarona?

JUANA.- En su cueva se metió de cabeza como un toro, sin atender las razones que le di. Yo la iré acostumbrando poquico a poco y haré de ella, si no una maestra como tú, a lo menos una buena hermana de las nuestras, que aunque es bruta, tiene condiciones: esa se chupa un niño cual si fuese un espárrago.

QUITERIA.- Con la Ansarona no sacaré nada si va de poco en poco. Lo que hay que hacer con ella es untarla de primera intención y llevársela a la fiesta de Barahona, que haga las apostasías y reniegos, y después ya aprenderá lo que pueda.

JUANA.- (**Insinuante.**) ¿Sabes que Martina la Nieva se me ha dejado caer sobre ir tú y yo con ella por Sacedón, a dar un tiento al gitano que allí han de ahorcar dentro de días? Y nos convida a merendar y todo, la grandísima lagarta. ¿Tú qué dices?

QUITERIA.- Nada digo.

JUANA.- ¡Nada digo! Pues, hija, algo habrás de decir, que para eso tienes boca. Al fin, en Sacedón tienes tu casa y tu familia.

QUITERIA.- ¡Yo en Sacedón no tengo nada!

JUANA.- ¡Tu casa! ¡Tu buena casa! ¡Y tu marido Juan Palomero! ¡Y el hijo que pariste! ¡Sacedón es tu pueblo y el ahorcado es tuyo, no de la Nieva!

QUITERIA.- ¡Pues yo se lo doy de buen grado, que lo ponga en conserva! ¡Estos pies no pisan más aquello!

JUANA.- ¡Pero que están allí tu marido y tu hijo, mala mujer!

QUITERIA.- ¡Que revienten! ¡A pedradas me echaron del pueblo, sin que ellos dieran una voz en mi defensa!

JUANA.- ¿También el angelico tenía obligación de defenderte, con sus siete años?

QUITERIA.- ¡De milagro no acudió también el angelico a apedrear a su madre! ¡No me caliente la cabeza!

JUANA.- A todas nos han corrido a cantazos alguna vez, pero no nos cagamos como tú.

QUITERIA.- ¡No me caliente la cabeza, le digo! ¡Déjeme!

JUANA.- **(Sin oír los murmullos que llegan procedentes de la calle, cada vez más altos.)** ¡Si no tuvieses el arrimo de tu madre, más aparejada estarías para tu obligación!

QUITERIA.- Si no gusta de que esté aquí, dígalo llano Y me voy.

JUANA.- ¡Dónde querrás ir tú que más valgas!
(QUITERIA se acerca a la puerta y escucha.) Pero, ¿qué voces son esas?

QUITERIA.- ¡Cállese! **(Ambas escuchan. Las voces son ya fuertes, y se entienden algunas frases.)** La Pajarera, que la están echando. ¡Ssst!

UNA VOZ.- ¡Es una bruja de Córcoles! ¡Una bruja!

OTRA VOZ.- ¡Anoche la agarraron!

OTRA.- ¡Acá viene, miradla!

OTRA.- ¡Es una moza!

JUANA.- Sí que es Aldoncica, sí. Más agallas tiene esa que tú.

QUITERIA.- Calle, la están azotando.

JUANA.- ¿A estas horas? ¡Pero, criatura, si es muy temprano! **(Hace QUITERIA enérgicas señales de silencio. Se oyen aún lejanos, pero nítidos, destacando sobre la masa de voces, redobles de tambor espaciados, que se aproximan.)** ¡Ay, sí, el tambor del Tuerto Vela! ¡Un mosqueo de mañanica! ¡Vaya una alborada que nos da el gobernador!

QUITERIA.- **(Preocupada.)** Se están acercando. **(En efecto, el tambor se aproxima y decrece: el ruido de las voces, con lo que puede oírse el pregón cada vez más claro. Tras la voz del pregonero suena un corto redoble, seguido del golpe seco del azote y la queja o gemido de LA PAJARERA. Todo ello, con un cierto ritmo procesional y acercándose cada vez más.)** ¡Firme descarga el cabrón de Sancho Dientes! ¡Oiga el golpe mi madre!

JUANA.- No hay unto en esa penca, no. ¡Bien se siente al oído!

QUITERIA.- Mejor se siente a la espalda. ¡Esa corcolera lo puede decir!

VOZ DEL PREGÓN.- **(Ya se venía oyendo, aunque menos inteligible.)** ¡Por vagar a medianoche y rondar encrucijadas! ¡Treinta azotes por las calles de la villa!

JUANA.- **(Mientras se oye el zurriagazo y el grito.)** Treinta son, del mal el menos. No es cosa mayor para la Pajarera. ¡Para otras, no digo yo!

QUITERIA.- Yo diría que han parado delante y no siguen.

JUANA.- Todos estarán viéndolo en su puerta, y en cambio nosotras con la puerta cerrada. Así nos señalamos. **(Pausa. Silencio.)** No se oye nada.

QUITERIA.- Boleta de alojamiento tenemos. **(Golpean con fuerza a la puerta.)**

UNA VOZ.- ¿No hay nadie? ¡Abran a la justicia!

JUANA.- **(Desmoralizada.)** ¡No abras, Quiteria! ¡No abras!

QUITERIA.- ¿Qué quiere? ¿Que le quiebren la puerta, y después le quiebren un hueso? **(Abre.)** ¿Qué se ofrece?

(Entre un ALGUACIL, seguido de un CUADRILLERO que sostiene a LA PAJARERA semidesmayada y desnuda hasta la cintura, con la espalda roja y la greña empapada en sudores. Tras ellos, el VERDUGO, con una coraza en las manos. Cabezas de curiosos asoman y fisgan por la puerta abierta.)

ALGUACIL.- Loado sea Dios. Tía Morillas, esta azotada es de Córcoles y señaló la casa de un vecino de Pareja para después de la tanda, que la curen y bizmen.

JUANA.- Y no se le ocurrió otro vecino de Pareja más que yo, que jamás la he visto. Miren, qué amor de muchacha. **(A los curiosos.)** ¿Qué miramos, hermanos? ¡Váyanse norabuena a sus casas y déjenme a mí en la mía, que Dios Nuestro Señor mirará por todos! ¡Anden con Dios! ¡Anden! **(Cierra.)**

CUADRILLERO.- Dígame dónde la pongo, que no se tiene.

JUANA.- Tráela, hijo, a esta mala cama, que es lo único que tengo. Aquí dormimos mi Quiteria y yo.

ALGUACIL.- Y tú, Quiteria, ¿qué haces así, en camisa?

QUITERIA.- Estaba acostada, que me dolían los pechos.

ALGUACIL.- ¡Jesús! ¿Los pechos, dices? ¿Y ya no te duelen?

QUITERIA.- Estoy un poquito mejor, aunque todavía siento algo.

VERDUGO.- A la una le duelen los pechos, y a la otra las espaldas.

ALGUACIL.- (Se ha reintegrado al grupo el CUADRILLERO tras dejar a la moza boca abajo en la canta, quedando JUANA con ella.) Quedad con Dios y tomad ejemplo de esa penada, que las dos tenéis fama de lo mismo.

QUITERIA.- Mentira parece, Ginés, que tengas para mí tan dura despedida. Bien sabes que unos cardan la lana y otros llevan la fama.

ALGUACIL.- Pues a ti también la fama te señala como la más puta del pueblo. No te duermas en el refrán y cuida de eso, que es mal recado. Vamos.

VERDUGO.- Ir vosotros, y yo me quedo por la cobranza de la corozca.

QUITERIA.- (**Mientras salen el ALGUACIL y el CUADRILLERO.**) ¿Qué cobranza es esa, hermano?

VERDUGO.- El papel y la pintura que he gastado en esta corozca, alguien me lo tendrá que pagar. Y el trabajo.

QUITERIA.- ¿Y es mucho el gasto, buen Dientes?

VERDUGO.- Doce reales. Y la corozca te la puedes quedar.

QUITERIA.- (**Destemplada.**) ¡En la cabeza de su señora madre, señor tundidor, quedará mejor esa corozca que no en la mía!

VERDUGO.- Mira con quién hablas, hermosa, y considera que antes o después has de pasar por estas manos. Trata bien, y bien te tratarán.

QUITERIA.- ¿Y qué trato puede dar esta pobre a un caballero tan principal como es el lañador, capador, matapuercos y verdugo de la villa de Pareja? ¡Pida por esa boca!

VERDUGO.- ¡Ay, zorra, no me provoques!

QUITERIA.- Mira, mira si trato bien a mi amigo Sancho Dientes.

VERDUGO.- ¡Oh, qué gusto de cuerpo que tienes, bellaca! ¡Qué saboreo tan bueno! ¡Aquí quiero yo apretar, aquí!

QUITERIA.- ¡Aay!

JUANA.- (**Apartada, mientras cura la espalda a LA PAJARERA, que se queja a media voz.**) ¡Pero tirada, puta! ¿Es que no tienes bastante con todos los hombres del pueblo, que hasta con el verdugo te has de revolcar? ¿No tienes vergüenza?

VERDUGO.- Pues, ¿qué tiene de malo el oficial de la justicia?

QUITERIA.- El verdugo no es culpado, que si hace lo que hace, otros hay que lo disponen y mandan, ¿no es cierto, Sanchico?

VERDUGO.- Así es, hermana. Aunque, a decir verdad, no creo que haya en el mundo un solo verdugo que no guste de su oficio.

QUITERIA.- ¿A ti te gustaría hacer tu oficio conmigo?

VERDUGO.- ¡Oh, y cómo si me gustaría! Dos buenas cuerdas a estos pechos tan hermosos y apretar por la espalda...

QUITERIA.- ¡Quita, ladrón, no me toques! ¡Quita esas manos de encima! ¡Fuera!

VERDUGO.- ¿Ya no somos amigos?

QUITERIA.- Coge tu coraza y anda con Dios, hermano.

VERDUGO.- Dame por ella siquiera la voluntad, que no lo pierda yo todo.

QUITERIA.- Medio cuartillo de vino hay en esta jarra. Bébetelo, y eso has sacado. La mitra la guardas para otro, y tampoco se pierde.

VERDUGO.- (**Tomando la jarra.**) Que Dios lo haga como puede. (**Bebe largamente.**)

JUANA.- (**Mientras bebe el VERDUGO.**) Anda, hijo Dientes, ve si quieres seguir bebiendo, pues hay harto vino, gloria a Dios, que estás en casa de rico.

VERDUGO.- (**Apurada la jarra.**) Ya termino, tía Morillas, ya termino. Agrio era y malo, por vida del rey. No es mucha la paga.

QUITERIA.- Adiós, galán. No te hurten el asno que dejaste a la puerta.

VERDUGO.- No burles, hermana Quiteria, no burles tanto, no sea que al freírse los güevos lo hayas de llorar. Con Dios quedad. (**Sale.**)

QUITERIA.- (**Cerrando la puerta.**) Anda, anda, traidor, mal vecino, así nunca te vean mis ojos.

JUANA.- ¡Jesús! ¡Creí que jamás se iría!

QUITERIA.- Debe de ser resultas de su oficio, el ser pesado. ¿Cómo está la del mosqueo?

JUANA.- Pues más molida que cibera, la pobre.

LA PAJARERA.- **(Con esfuerzo.)** Uh...Tú... ¿eres Quiteria?

QUITERIA.- Sí, bobica, y o soy. Ve de dormirte.

LA PAJARERA.- Uuuuh...

QUITERIA.- También nosotras debiéramos ir a la cama, señora madre, que la noche ha estado en blanco.

JUANA.- **(Mientras se echa junto a LA PAJARERA en posición invertida.)** Para eso vales tú, para irte a la cama. ¿Queda algo de vino?

QUITERIA.- **(Haciendo lo mismo. LA PAJARERA tiene la cabeza entre los pies de madre e hija, y estas tienen las cabezas separadas por los pies de la huésped.)** Todo se lo ha tragado ese ladrón.

JUANA.- Que le sea veneno. No sé si voy a poder dormir, con la tripa en flores y esta mala leche que me anda por el cuerpo.

QUITERIA.- Cierre los ojos y cálese, que estoy hecha pedazos. No haber salido, y hubiese cenado en su casa.

JUANA.- Yo miro por mi honra, no hago como otras que se quedan escondidas, criando fama de medrosicas y cobardonas.

QUITERIA.- ¡Déjenle dormir!

JUANA.- Tú solo eres atrevida y bizarra cuando te encierras en cueros con un hombre. Entonces sí que te echas adelante.

QUITERIA.- ¡Déjeme dormir, le digo!

JUANA.- ¡Duérmete y no te despiertes!

(Se ha ido haciendo el oscuro.)

Escena III

Ante las primeras casas de un pueblo, en una especie de plazoleta, cuelga de la horca un ajusticiado. Es negra la noche como boca de lobo, y solo las fachadas del fondo blanquean ligeramente. Doblando la esquina, aparecen dos mujeres arrebujadas que transportan una escalera de mano. Hablan a media voz, y su presencia alborota a las nocturnas aves ahítas que posan sobre el madero y que aletean torpemente entre cortos chillidos y el graznido de algún cuervo o corneja que se ha quedado a dormir a la vera del banquete.

JUANA.- Se ha de dar al diablo el carpintero cuando, en siendo de día, salga a su puerta y no vea su escalera.

QUITERIA.- Ya le dirán los vecinos dónde puede hallarla. Mire, ahí tenemos el arbolico con su buena carga.

JUANA.- Con tal que no esté ya cosechado. ¡No se alboroten los señores pajarracos, que con voacedes no va nada!

QUITERIA.- Que no oiga alguno el ruido y se asome a la ventana.

JUANA.- Cuantos más ruidos oigan, menos se asomarán.

QUITERIA.- No se fíe y hable bajo, señora madre.

JUANA.- ¿Vas a tener miedo de estos villanos cagones, cuando estás desdentando un ahorcado?

QUITERIA.- Los vivos me dan miedo, que no los muertos.

JUANA.- Pues a ti solica puedo yo decirte en secreto que a mí me dan miedo los unos y los otros. Por eso procuro y miro yo de asustar a los demás cuanto puedo y cuanto sé. ¡Buuuh! ¡Fuera de ahí, pajarillos! ¡A los aleros! ¡Fuera! ¡Día y medio que es muerto, y cómo hiede el hideputa! ¡La pasada noche debimos venir, Quiteria! ¡La pasada, y no hoy! (**Han llegado bajo la horca, y apoyado en ella la escalera. Revoloteo de volátiles con alguna algazara, optando paulatinamente por abandonar el campo.**)

QUITERIA.- ¿Se le ha ido de la memoria que eso ya fue hablado y quedamos en un acuerdo?

JUANA.- Lo que no se me ha de ir de la memoria es si encontramos a este galán desvirgado.

QUITERIA.- Dificultoso lo veo. Ayer lo ahorcaron al mediodía, y por la noche tuvo sus guardas y nadie se le llegó. Por eso, la segunda noche lo dejan solico y nosotras lo pelamos.

JUANA.- Tú siempre con tu cabeza y tus razones, pero yo soy vieja y mira que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Que con abrir estos ojos, echo de ver que en las narices te están dando esos pies descalzos que pregonan que ya le han sido hurtados los zapatos.

QUITERIA.- ¿Los zapatos dice? ¡Ay, los zapatos! ¿Qué zapatos tuvo en toda su vida este gitano piojoso? ¡Descalzo lo parió su madre, y descalzo lo colgó el verdugo!

JUANA.- Fuera disputas, que no hay para qué. Súbete a la escalera, bachillera, y en llegando a esa cabeza, sabremos si hay o no hay dientes. ¡Arriba, leona!

QUITERIA.- ¡Ay! ¡Guárdese los pellizcos para otra sazón!

JUANA.- Apártale la pelambreira a ese ladrón, que le tapa toda la cara.

QUITERIA.- Deje, ya sé yo lo que tengo de hacer. Sujete la escalera.

JUANA.- No cures de la escalera, y a lo tuyo. Di cómo está el palomo.

QUITERIA.- (**Empuñando a dos manos las negras melenazas del difunto, y esforzándose.**) ¡Más tieso está y más duro que una piedra, este cabrón! ¡El nudo tiene helado, y le sujeta la cabeza como si fuese un clavo!

JUANA.- ¡Melindrosa ruin, para qué tienes esos dos brazos! ¡Rómpele el cuello si es menester, y mírale la boca! ¡Si se nos han adelantado, tuya es la culpa! ¡Juro a Barrabás que derribo la escalera, a ver si te quiebras una pierna y aquí te quedas, que los sacerdotes te maten cuando te encuentren a la mañana!

QUITERIA.- (**Gozosa.**) ¡Calle, calle, calle, no ensarte más disparates y dígame qué le ha de dar en albricias a su niña!

JUANA.- ¿Albricias dices, hermosa de tu madre, bien mío? ¿Luego está entero?

QUITERIA.- ¡Enterico, enterico, igual que vino al mundo!

JUANA.- ¡Putá! ¿Quiéresme decir que se halla sin dientes?

QUITERIA.- Quiero decir que mis manos pecadoras son las primeras que tocan esta bendita cara después de las del verdugo. ¡Oh, qué dentadura, cuerpo del mundo! ¡Si no le falta pieza!

JUANA.- ¡Ay, Quiteria, Quiteria de mis ojos! ¡En toda la Alcarria no hay otra tal como tú!

QUITERIA.- ¡Todos los tiene a la vista, de cabo a rabo! ¡Que al comerle los cuervos labios y encías, le han puesto una risa de perlas que no hay más que ver!

JUANA.- ¡Ay, mira si le han comido también los ojos, niña, aunque me figuro que sí!

QUITERIA.- ¡Y cómo si le han comido! ¡Los agujeros negros bien vacíos, que me llega el dedo hasta el colodrillo! ¡No sabremos por esta parte si nos mirará la fortuna o seguirá para nosotros con el ojo cerrado!

JUANA.- Tanto se me da, que en todas maneras, sé que de pobre no he de salir. ¿Y tiene también la muela del juicio?

QUITERIA.- Pienso que sí, pues mejor dentadura tiene el bellaco que yo. ¡Oh, señora madre, y qué ahorcado tan lindo!

JUANA.- ¡Ay, corazón, qué alegría tengo en verte así de contenta! ¡Hija de mis entrañas, cuánto te quiere tu madre!

QUITERIA.- No se ponga tan tierna, que se me ablanda el cuerpo y preciso todo mi brazo para hacer de sacamuelas. Sujete la escalera, no se me vaya al hacer fuerza.

JUANA.- ¡Apalanca, perla mía, y duro con él, que aquí va la honra! Acuérdate del barbero que desdentaste en Auñón habrá cinco años y haz hoy otro tanto, que hay quien dice que Quiteria de Morillas y a no es la que fue.

QUITERIA.- ¿Otro tanto quiere mi señora madre que haga? Siete dientes esparcidos tenía el ahorcado de Auñón y este tiene más de treinta, conque mire si no haré otro tanto y bien sahumado. Que me den a mí gitanos galanes como este gerifalte. ¡Ay, ven aquí, burlador, que soy tuya! Daca, daca ese diente chico, que lo agarre la tenaza: deja, amigo, que coja bien no se escape, así. (**Haciendo fuerza.**) ¡Uuh! ¡Uuh! ¡Ay, ya salió el primero, aquí lo tengo!

JUANA.- Aplícate y no descanses, hija, que no ha de quedarle uno. Mira que cada diente es una fanega de trigo, ¡ni un cuartillo menos!

QUITERIA.- Así ha de ser, que el que anda con dolor de muelas, paga su remedio sin mirar el precio. ¡Nuestra hacienda colmada, tiene en su boca este tunante!

JUANA.- ¿Qué ruidos son esos? ¿Están duros de sacar?

QUITERIA.- Engastados los tiene en las quijadas y no los quiere soltar, el muy ruin. Pero ya le he cogido el tranquillo y no le vale, que con las tenazas le descuajo el hueso cortando y partiendo cachos de quijada y agarrando los dientes de dos en dos y de tres en tres, tras rasgarle hasta la oreja el poco carrillo que le quedaba. Del destrozo que hago es el ruido que oye.

JUANA.- ¡Ji, ji! ¡Ay, Quiteria de mi vida, cuánto vales! ¡En tu lugar quisiera yo ver a las dos cuitadicas de Sacedón!

QUITERIA.- ¿Sanchica y la Corta? No son ésas mujeres para este trabajo, les falta fuerza en los brazos.

JUANA.- Lo que les falta es el corazón de león africano que tú tienes en ese pecho, hermosa mía. Eso les falta a las sacedoneras y a muchas otras, porque como tú hay bien pocas. Las hay con fama de valerosas y esforzadas y las hay que despuntan en discretas, pero tú juntas uno y otro mérito y en ninguno das ventaja a nadie, que en todo eres la primera.

QUITERIA.- ¡Ay, señora madre, cuánto requiebro y cuánta flor! Hábleme así a diario, que no hay más dulce cosa para la oreja que sentir las alabanzas entrar por ella.

JUANA.- Calla, calla, chiquilla, que esa es grandísima verdad y de las de a puño. Como que ahí tiene su fundamento nada más y nada menos que la honra, que es el más rico y delicado tesoro que podemos tener las mujeres decentes. Eso es lo que más vale de nosotras, hija querida: la buena fama y el qué dirán.

QUITERIA.- ¡Con el frío que hace y yo sudando toda, por los huesos de mi padre!

JUANA.- Por mucho que nos valgan los dientes de este doncel, lo de más precio que esta noche ganamos es la honra que nos ha de venir cuando cunda y se extienda que fuimos nosotras las que esquilamos y desmochamos el ahorcado de Sacedón. Y a la fe, que no tardará en saberse.

QUITERIA.- Ya desde mañana se lo han de maliciar, que el más lerdo sabe que las dos arrapiezas de aquí no han sido, y la Nieva y la moza de Córcoles son pareja demasiado reciente y nueva para hacer una cosa así.

JUANA.- Pero, ¿qué dices ahí, muchacha? ¡Ni aunque llevasen veinte años juntas, tampoco lo harían! ¡Ay, la Nieva, cómo me quiso engatusar! Esas dos, lo más que harán será buscar junticas beleño por el monte, pero no les pidas más. ¿Cómo se te ocurre decir que puede un día hacer la Pajarera lo que tú estás haciendo ahora? ¿Cómo puedes ni pensarlo siquiera? ¿Es que te atreves a comparar contigo a esa mocosuela medio tonta?

QUITERIA.- ¡Bah! ¡Tampoco es menester ser un Séneca para esto!

JUANA.- ¿Y es que antes de venir no arbitraste los planes como un general en campaña? ¿Quién maquinó y previno el día y la hora en que habíamos de dar sobre el enemigo y alzarnos con esta vitoria? ¡Nadie, nadie sino tú podía tomar este castillo! ¡Es claro como el sol!

QUITERIA.- ¿Ya no se acuerda la señora de sus temores a encontrarlo despojado y vacío?

JUANA.- ¡Ay, Quiteria, esto se tiene que saber, tiene que rodar y que correr y lo ha de llevar la fama a la mesura Corte, que cuando el rey lo sepa, cierta estoy que te ha de llamar para cubrirte todo el cuerpo de joyas y meterte en su buena cama! ¡Acuérdate de lo que te dice tu madre!

QUITERIA.- Si ello es así, yo prometo que allá vayamos las dos juntas para meternos en la cama del señor emperador, que sin duda será bastante ancha y dilatada para que todos quepamos y retoceemos sin miedo de una mala caída.

JUANA.- ¿Burlicas tenemos, doña desenvuelta? ¿Parécete que he dicho alguna badajada? ¡Cuántas hay con menos méritos que han tenido eso y más!

QUITERIA.- ¡Con los dientes de un gitano se ha emborrachado mi señora madre!

JUANA.- Con la alegría de haberlos alcanzado sí estoy algo trastornada, pero no me desdigo un punto de cuanto he dicho.

QUITERIA.- ¡Ay, Señor! ¡Ya dio fin la fajina!

JUANA.- ¿Ha terminado el desmuele?

QUITERIA.- Ya tiene el mancebo la boca monda y lironda, que no puede comer sino sopas y caldo.

JUANA.- Hija Quiteria, ¿pero cómo le has dejado esa boca tan abierta, que parece que quiere comerse a España?

QUITERIA.- Al sacarle las cordales le he desgonzado las quijadas, y así se ha quedado como un cantor de serenata.

JUANA.- Ya que estamos aquí, cojamos también la soga, no nos pese luego de haberla dejado.

QUITERIA.- Está la cuerda helada y dura como piedra, no hay cuchillo que la corte.

JUANA.- Media tarde pasé antier sacando los filos a este, aprieta con ambas manos y ten paciencia, que hemos de ver si resiste la cuerda helada.

QUITERIA.- ¿Y dejaríamos el ahorcado en el suelo?

JUANA.- ¿Quieres dejar la cuerda para Teresa la Corta y Sancha Osuna? ¡Se la van a comprar a Baltasar el Nudo por una arroba de aceite!

QUITERIA.- ¡Nosotros se la cambiamos a ellas por dos de estos dientes, y ganancia para todos!

JUANA.- ¿Pero estás en tu juicio? ¿Por qué habremos de perder dos dientes, si tenemos la sogá en la mano?

QUITERIA.- Dejarles a los sacerdoneros su ahorcado en el suelo es una provocación, y no está el tiempo para desplantes.

JUANA.- ¿No tienes mejor momento para sacar a relucir esos miedicos tuyos?

QUITERIA.- ¿Qué miedicos? ¿Qué miedicos, vieja boba? Cuando el tiempo viene malo, hay que salir poco. Eso no es miedo, es discreción.

JUANA.- El tiempo es igual que siempre, nadie ha notado ni echado de ver cambio alguno. Tú cogiste temor por los cantazos que aquí te dieron, cobardona.

QUITERIA.- Eso es lo que va diciendo por ahí, grandísima zopenca. Me duele la boca de decirle que me llegó el habla de dos hombres de iglesia y que me paré a escucharla. Y que el uno decía que los sucesos de estos meses pasados han escandalizado a los cristianos, y el rey los ha de amansar dándoles a oler carne tostada de brujas y judíos.

JUANA.- Pero, ¿qué sucesos son esos, rabisalsera? ¿Por qué no lo dices?

QUITERIA.- ¡Porque no lo sé! ¡Los clérigos aquellos no hablaban conmigo! ¡Noches en vela me paso dando vueltas a la cabeza! ¡Lo quiero adivinar y no puedo!

JUANA.- Y si no vas a cortar la cuerda, ¿qué haces ahí en lo alto de la escalera, que no parece sino que me predicas desde el púlpito?

QUITERIA.- (**Bajando.**) Esperando estaba que me mandase bajar. Vamos caminando, que hemos de andar tres leguas en dos horas para llegar a Pareja de noche.

JUANA.- Sin sogá nos vamos, porque tú oíste hablar a dos reverendos. O medio hablar.

QUITERIA.- Lo que oí es bastante, si somos discretas. (**Comienzan a andar.**) Conviene esconder un poco la cabeza, señora madre, que sería fuerte cosa que por soguilla de más o de menos nos diesen trato de judíos...

JUANA.- (Parándose, indignadísima.) ¡Eh, alto! ¿Qué es eso de judíos? ¡Cristianas viejas somos las dos, y eso no hay fuerza en el mundo que nos lo quite!

QUITERIA.- Deje, no le echen encima a la Santa Inquisición, y confiese en el tormento que, a más de bruja, es judía, y mora, y turca. **(Reanuda el camino.)**

JUANA.- ¡Cristianas viejas, y aun con nuestras puntas y ribetes de hidalgas! ¡Mal que le pese a la Santa, y mal que le pese al rey!

QUITERIA.- (Volviéndose a su madre, y esperándola.)
¡Vamos, no se pare, que se nos hará de día en el camino!

JUANA.- ¿No quieres echar una mirada a la puerta de tu casa? Al fin y al cabo, estás en tu pueblo.

QUITERIA.- ¿Mi pueblo? ¡Así se queme! En el mismo sitio por donde me echaron a pedradas no ha dos meses, les dejo su ahorcado con la boca vacía, que conozcan a quién afrentaron. ¡Ya me pesa de no haber cortado la soga! ¡Vamos de aquí!

(Se sienten las dos mujeres en las tinieblas. Oscuro.)

Escena IV

Se desvanece apenas una parte de la oscuridad con la llama de un candil que solo se alumbra a sí mismo. Escasamente visibles, duermen en su pobre cama los esposos PEDRO BARBERO y CATALINA MARTÍNEZ. El sueño de la mujer es inquieto, perturbado por movimientos, quejas y gemidos. El marido ronca. Aúlla el viento por los altos, y afila su silbo en la chimenea. Repentinamente, se deja oír por las techumbres un maullido tremendo; otro gato contesta, y estalla la trifulca. Se les oye golpear las tejas, lanzando unos irritados alaridos casi humanos. Silencio repentino, que rompe de inmediato el llanto de un niño pequeño. Un llanto terrible, exigente, rabioso. El hombre, que masculló dormido durante el concierto gatuno, lo hace ahora más alto y colérico, para acabar con un rugido.

PEDRO.- ¡Que se calle! ¡Haz que se calle, voto a Dios! (La mujer gime, gruñe y maldice entre dientes. Rebulle en la cama, respirando hondo. El llanto infantil se entrecorta y cesa. Se oye a la mujer respirar con esfuerzo, y el candil parpadea. Se repite el primer maullido, largo y ominoso, interminable. Apenas finaliza, estalla un coro de risotadas cascadas y contenidas; parloteos ininteligibles a media voz, salpicados de risas; se oyen al principio en el tejado, pero después lo llenan todo. Se apaga el candil y se perciben sombras que cruzan en todas direcciones, aumentando los ruidos. De nuevo prorrumpe el coro de carcajadas, ahora altas y fuertes, y la mujer da un terrible alarido, haciéndose el silencio, mientras ella zarandea a su marido.)

CATALINA.- ¡Pedro! ¡Pedro, están aquí la brujas! ¡Las he visto!

PEDRO.- Tápate la cabeza.

CATALINA.- ¡No, eso no, que nos pueden hacer algo! ¡Levántate, enciende luz!

PEDRO.- ¡No se ve nada! ¡No hay nadie, no se ve nada!

CATALINA.- ¡Antes las he visto que corrían por aquí! ¡Entraron por la chimenea y llenaron la casa!

PEDRO.- Pues no están. Si entraron, se han ido. Tápate la cabeza y duerme.

CATALINA.- ¡Enciende luz, Pedro! Estaban fuera, y entraron cuando se apagó el candil.

PEDRO.- Pueden estar agazapadas por aquí. ¿Cómo está la criatura?

CATALINA.- No sé, no rebulle nada. ¡Ay, Virgen!
¡Pedro!

PEDRO.- ¿Qué tiene, qué es?

CATALINA.- ¡Enciende luz, que nos la han muerto!

PEDRO.- ¡Menéala, deja! ¡Despiértala!

CATALINA.- ¡Enciende luz, enciende luz! ¡Ay! ¡Ay,
Virgen Santísima! ¡Ay, Jesucristo! ¡Ay, mi niña, mi niña!

PEDRO.- **(Saltando de la cama.)** ¡Malditas hijas de Satanás! ¡Pestilencia del Infierno!

CATALINA.- ¡Ay, mi hijita! ¡Ay! Enciende luz, que la veamos, que ya está fría. ¡Ay, ay!

PEDRO.- ¿Estáis aquí todavía? ¿Os habéis ido ya, o estáis escondidas? ¡Salid que os vea, perras rabiosas!

CATALINA.- ¡Ay, calla, no te maleficien a ti o te hagan otra desgracia!

PEDRO.- **(Sacando chispas del pedernal.)** ¡Arredro vayáis! ¡Arredro brujas! ¡Ya nos veremos!

CATALINA.- ¿Pero enciendes, o no enciendes?

PEDRO.- ¡Enciendo, enciendo, maldita sea la madre que me echó al mundo!

CATALINA.- ¡Por qué has tenido que ser tú, niña mía!
¡Por qué has tenido que ser tú! ¡Por qué te ha tocado a ti,
entre tantas como hay!

PEDRO.- **(Prendiendo la llama.)** ¿Y tú, a qué esperabas?
¿Por qué no me despertaste al punto que las viste?

CATALINA.- Sí te desperté, que me costó lo mío, borracho. Trae, trae ese candil. **(Se incorpora y, con la criatura en los brazos, sale al encuentro del encendido candil que acerca su marido. Le basta un vistazo para alzar el grito a voz en cuello.)** ¡Aaayy! ¡Hija de mis entrañas! ¡Hija mía! ¡Aaaay!

PEDRO.- Pudiera no estar del todo muerta. A las veces no les da tiempo de rematar sus fechorías.

CATALINA.- ¡Ay, a mi niña sí me la han matado! ¡No ha tenido ella esa suerte, no, que bien muertecica está!

PEDRO.- ¡Muerta y remuerta, voto a Dios! ¡Estrujada del pescuezo, la pobre criatura!

CATALINA.- ¡Aaaayy! ¡Yo muero! ¡Yo me mato!

PEDRO.- Con eso nada remedias. Toma un trago y reconforta el ansia. **(Tomando una jarra que habrá cerca de la cama.)** ¡El vino! ¡Dejé anoche media jarra para cuando despertase, y no han dejado gota!

CATALINA.- ¿No tienes más en que pensar sino en el vino?

PEDRO.- **(Corriendo a una tinaja y destapándola.)** ¡Calla esa boca! **(Introduce el candil, mirando.)** Aquí no han tocado, loado sea Dios. No se percataron de la tinaja esas borrachas.

CATALINA.- ¡Pero qué hablas ahí, majadero! ¡Te han matado a tu hija, y andas midiendo el vino! ¡Lo de la jarra bebí yo para dormirme, que tenía miedo y no podía pegar ojo!

PEDRO.- ¿Que te bebiste tú la media jarra?

CATALINA.- ¡No era media, que era menos!

PEDRO.- Bebimos los dos al acostarnos, y luego que me dormí, te tragaste tú sola lo que quedaba.

CATALINA.- ¡Te digo que tenía miedo y no me dormía!

PEDRO.- Ganas me dan de estamparte la jarra en los cascós.

CATALINA.- ¿Es que no puedo beber en mi casa? ¡Tan mío es como tuyo!

PEDRO.- ¡Ladrona, que comes y bebes a mis espaldas!
¡Que me robas el pan de la boca!

CATALINA.- ¡Hijita de mis entrañas, que te has ido al cielo para no oír lo que dicen a tu madre! ¡Ay!

PEDRO.- ¡A su mala madre! ¡Que se mate un hombre a trabajar mientras en su casa una borracha le chupa la sangre! ¿Esto es justicia de Dios? ¡Contesta, lechuza! ¡Contesta! ¡Te he de quebrar los huesos! ¡Te voy a matar!

CATALINA.- ¡Maldito de Dios! ¡Recién muerta su hija, y miren cómo se pone por un sorbo de vino! ¡Bébetes tú solo cuanto queda en la tinaja, que yo no lo he de catar! (**Se oye golpear en la puerta.**)

VOZ DE UN VECINO.- ¡Pedro! ¡Pedro! ¿Os pasa alguna cosa? ¿Precisáis algo? ¡Pedro!

VOZ DE UNA VECINA.- ¿Qué ha ocurrido, qué es? ¡Ay, abrid!

CATALINA.- ¡Ay, ay, mi hijita querida! ¡Ay! ¡Aaaayyy!

PEDRO.- (**Al abrir la puerta.**) Las brujas han venido y nos han matado la niña.

(**Entran un VECINO y una VECINA.**)

VECINA.- ¡Santa María, Santa María!

VECINO.- ¿Y cómo ha sido?

CATALINA.- ¡Ay, ay, mi hijita! ¡Ay!

PEDRO.- Catalina las vio en la oscuridad, yo estaba dormido.

VECINO.- Mira qué carilla negra le ha quedado, de chuparla esas mujeres del Infierno.

VECINA.- No la chuparon, sino que la apretaron por las golas y la ahogaron. Nota las señales del cuellecico.

CATALINA.- Anoche la santigüé con romero bendito, dejé el candil encendido por que las brujas no entrasen en viendo luz, la acosté conmigo en mi cama, y todo para nada.

VECINA.- Yo dejo el candil con bastante aceite, que dure encendido hasta la mañana.

VECINO.- A la casa de Juan Palomero entraron con la luz encendida y le mataron el hijo lo mismo. Cuando están hambrientas no miran nada.

CATALINA.- Aquí entraron nada más apagarse. Fue apagarse y entrar. ¡Ay, ay!

VECINA.- ¿Y en lo oscuro tú viste las brujas? ¿Las viste?

CATALINA.- Sí, cuando se apagó el candil vi sus bultos corriendo por aquí y las oí que reían y cuchicheaban, pero no sé más. A ninguna le vi la cara.

VECINO.- A buen seguro que esto lo ha hecho la Ansarona. A Juan del Río le mató un niño y luego, por amortajarlo, le dieron dos panes y un cuartillo de aceite, y eso que saco.

CATALINA.- Pues esa mujer, a mi niña no la ha de tocar. Yo buscaré quien la amortaje.

VECINA.- Mejor deja que lo haga ella, que con esas hechiceras no hay que ponerse a mal. Y también pudo ser otra quien lo hiciese. ¿Tú no sospechas de ninguna? ¿No te acuerdas de alguna disputa o alguna amenaza?

CATALINA.- (**Vacilante.**) Yo con la Ansarona nunca he tenido ninguna palabra.

VECINA.- ¿Y con las Morillas?

PEDRO.- (**Tras un corto silencio.**) Aquí con nadie tenemos cuestiones.

VECINA.- (**A CATALINA.**) La Morillas madre es una vieja malvada con más veneno que un alacrán. Esa mujer es un demonio que seca un cristiano con solo mirarlo.

CATALINA.- (**Decidiéndose a hablar.**) Esa no, pero Quiteria sí. Quiteria ha sido, cierta soy.

PEDRO.- Esa más tiene de puta que de bruja, pienso yo.

VECINA.- Puta es, pero también es bruja y rebruja, con un diablo bailándole en cada ojo.

VECINO.- ¡Y en cada teta!

CATALINA.- (Desesperada.) ¡Esa mujer qué hace aquí!
¡Si tiene su casa en Sacedón, por qué no está en Sacedón!
¡Qué hace aquí! ¡Ha sido ella, ha sido ella! ¡Ay, mi niña!
¡Ay, mi niña!

VECINA.- ¿Por qué ha sido ella, Catalina? ¿Por qué?
¿Habéis tenido algo?

CATALINA.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí hemos tenido, sí! ¡No puedo sufrir que a mi Pedro se le vayan los ojos tras ella cuando la ve pasar con esos meneos y esa indecencia! ¡No puedo sufrirlo!

PEDRO.- ¡Asna, más que asna! ¿Le dijiste alguna cosa?
¿Qué fue y cómo fue, así te lleve el diablo?

CATALINA.- Con toda su desvergüenza me pidió le prestase una taza de aceite, y yo se la negué. ¡Se la negué aunque la tenía! Se le quitó la sonrisica y me miró con aquellos dos ojos hasta que me temblaron las manos. Y entonces me dijo muy despacio que de allí a poco me acordaría de la taza de aceite y me pesaría de no haberle dado una arroba. Cerré de golpe la puerta en su cara, y más de dos horas estuve con sudores de muerte. **(Solloza.)**

PEDRO.- (Tras una pausa, lanzándose sobre CATALINA.) ¡Maldita perra encelada! **(La golpea.)** ¡Por tu culpa ha sido, puta envidiosa! **(Sigue golpeándola.)** ¡Tú y tus celos maldecidos! **(La ha derribado y la golpea en el suelo.)**

VECINA.- ¡Pedro, déjala! **(Al VECINO.)** Mira de sujetarlo, que está fuera de sí.

VECINO.- (Llevándose a la VECINA hacia la puerta.)
Están en su casa, no nos mezclemos. Que, al fin, ella se lo ha ganado.

PEDRO.- (Mientras salen los VECINOS, golpeando a CATALINA.) ¡Sí, te lo has ganado! ¡Por Dios, que te lo has ganado! ¡Hace tiempo que lo tienes bien ganado!

(Ha quedado la puerta abierta, y la ráfaga mueve alguna cortinilla y apaga el candil. Recortada en la claridad lunar de la puerta, se ve la silueta de PEDRO BARBERO machacando a su mujer CATALINA MARTÍNEZ, que brama, contrita y aporreada.)